

Núm. 15



En qué creemos

Josep Lligadas

Números publicados en esta colección:

- 1 **La autenticidad militante** - Teodor Suau
- 2 **Jesucristo hace posible el hombre y la mujer nuevos y los impulsa al compromiso** - Xosé A. Miguélez
- 3 **El estudio de evangelio** - Florenci Costa
- 4 **La revisión de vida** - Josep Soler Llopart
- 5 **La evangelización** - Julio Lois
- 6 **Ser responsable en ACO** - Comisión de Formación
- 7 **Acoger a la persona en su dignidad de hija de Dios** - Oriol Xirinachs y grupos de revisión de vida de ACO
- 8 **Leer los evangelios hoy** - Agustí Borrell
- 9 **Ser militante hoy** - Diversos autores
- 10 **50 años: la experiencia actual de ACO** - Dieciocho testimonios
- 11 **El retrato del movimiento. Reflexiones a raíz de la encuesta realizada a los militantes de ACO**
- 12 **Ser consiliario o consiliaria en ACO** - Comisión de consiliarios
- 13 **Viuem en Déu. Record dels nostes difunts** - Autors diversos
- 14 **El evangelio de Marcos. El camino del discípulo de Jesús** - Josep M. Soteras

En qué creemos

Josep Lligadas

Documents d'ACO núm. 15
Primera edició: 2005



Rivadeneira, 6, 8a. planta 08002 Barcelona
Tel. 93.412.48.88
c/e:acocat@arrakis.es

SUMARIO

- Introducción: La fe en medio de la vida
 - El objetivo de este libro
- 1. Una historia que viene de lejos
 - La gran novedad: la resurrección de Jesús
 - La primera comunidad cristiana
 - La historia que continúa
- 2. Los evangelios y la biblia
 - Los evangelios
 - El Nuevo Testamento
 - El Antiguo Testamento
- 3. Creer en Jesús
 - Jesús, por los caminos de Palestina
 - La muerte y la resurrección de Jesús
 - Los primeros pasos de la fe
- 4. Dios el Padre
 - El Dios que Jesús muestra
 - Dios, para nosotros, en nuestro momento
 - Alejados de Dios por el pecado, acercados por Jesús
 - Ante la fuerza del mal
- 5. El Espíritu que está con nosotros
 - El Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo
 - Dios Trinidad
- 6. Una manera de vivir
 - Una forma distinta de entender el mundo y la vida
 - Vivir la proximidad de Dios
 - La oración y la formación
 - Las normativas eclesiales de comportamiento

-
7. La comunidad de los creyentes, la Iglesia
 - Continuadores de la obra de Jesucristo
 - La Eucaristía, el encuentro de la comunidad con Jesús
 - El Bautismo, la incorporación a Jesucristo y a la comunidad
 - Los demás sacramentos
 - La organización de la Iglesia
 - Las otras Iglesias cristianas
 8. Más allá de este mundo
 - Una vida y un amor definitivos
 - La resurrección y la reencarnación
 9. La fe, una llamada
 - Construir el Reino de Dios
 - La evangelización

INTRODUCCIÓN: LA FE EN MEDIO DE LA VIDA

Nuestra experiencia de la ACO nos ha ayudado a descubrir que la fe no es una serie de conocimientos o de afirmaciones que nos vienen dadas desde fuera y que son independientes de lo que hacemos y vivimos. La fe, y de esto estamos convencidos, sólo tiene sentido si está muy profundamente arraigada en lo que somos, en lo que vivimos, en lo que hacemos, en lo que esperamos.

Cada uno de nosotros hemos llegado a la fe por caminos distintos. Algunos, desde pequeños, han ido evolucionando sin rupturas hasta el momento actual; otros, con una fe aprendida también desde pequeños, han roto con ella en algún momento determinado o la han ido dejando, y luego la han recuperado de una manera nueva, gracias al movimiento o a alguien que les ha ayudado; otros, sin tradición cristiana familiar, se han encontrado con la fe en la juventud o en la edad adulta...Y también es distinta la formación cristiana de cada uno: desde los que han sido formados en una fe cristiana muy tradicional y que hay que poner al día, hasta los que quizá no han tenido ocasión de trabajar los temas básicos de la fe y echan en falta esa formación. Pero en todo caso, y sea cual sea nuestro proceso y nuestra situación, el hecho es que ahora el Evangelio de Jesucristo es para nosotros una Buena Noticia que nos empuja a vivir, y a comprometernos por un mundo más digno, y a transmitir esa novedad de vida a quienes tenemos cerca de nosotros.

Esta fe es para nosotros muy importante. Y la queremos profundizar, y descubrir toda su riqueza, porque sabemos que, como más a fondo la conozcamos y la vivamos, más firmeza vital nos dará.

Y también queremos otra cosa. Vivimos en un mundo complejo, en el que resulta difícil transmitir esta fe y sus consecuencias para la vida: porque el clima social es terriblemente frívolo y al mismo tiempo adorador del éxito y del poder; porque la imagen más pública de la

Iglesia a menudo no ayuda mucho a transmitir una fe comprometida; y finalmente, también, por nuestras propias incoherencias. Pues bien. En esta situación, es especialmente importante que le pongamos buenos cimientos a lo que somos y vivimos. Y por eso, nunca nos esforzaremos bastante para intentar conocer y vivir mejor la fe que profesamos.

Para hacerlo, tenemos la revisión de vida, tenemos el estudio de evangelio, tenemos la oración personal y colectiva, tenemos la celebración de la eucaristía y de los demás sacramentos, tenemos todas las actividades de formación en que podamos participar, tanto en el movimiento como en otros lugares. Y en esta línea se sitúa este libro.

El objetivo de este libro

Este libro quiere ser una breve y sintética presentación teológica de nuestra fe cristiana. La teología es la profundización en el conocimiento de Dios y de nuestra fe en él. Y estas páginas quieren ser una pequeña y humilde aproximación a este conocimiento. Intentando realizarlo a partir de lo que vivimos como movimiento, pero sin hacer muchas referencias directas a esa vivencia: pensando, más bien, que cada militante, individual y colectivamente, es suficientemente capaz de unir los ejes básicos que aquí se explican con su fe cotidiana y con su vida cotidiana.

De este libro se puede hacer el uso que cada cual crea oportuno. Pero si se quiere trabajar colectivamente, propondríamos el método que hemos indicado para otros libros de este mismo Plan de Formación:

1. Se decide primero qué capítulos se van a trabajar: uno, o dos, o los que se crea oportuno.

2. Cada uno se lee las páginas correspondientes anotando: a) cosas que me parecen especialmente interesantes o novedosas; b) dudas, cosas que no entiendo, cosas que quisiera discutir; c) qué consecuencias tiene para mi vida lo que he leído.

3. Nos reunimos y, a ser posible con la ayuda de un experto, ponemos en común y profundizamos lo que hemos anotado.

Vamos a empezar, por tanto, este repaso de nuestra fe. Y lo hacemos a partir de la experiencia de sus primeros testimonios, los discípulos de Jesús.

1. UNA HISTORIA QUE VIENE DE LEJOS

Nuestra fe viene de Jesús. La comunidad de los cristianos nace de él. No como algo que Jesús previese y organizase directamente, sino como el resultado de la experiencia de aquellos que lo conocieron y siguieron y que, después de su muerte, se reagruparon afirmando que lo habían visto vivo, resucitado.

Los discípulos de Jesús lo habían ido siguiendo por los caminos de Palestina, y se habían sentido profundamente atraídos por aquel Maestro que hablaba de Dios de manera distinta de como lo hacían los dirigentes religiosos de Israel, y que se acercaba a los pobres y los débiles, y curaba enfermos, y reanimaba a los abatidos, y no dejaba de lado a las mujeres, y llamaba a tener el amor como criterio básico de la vida. Mucha gente que lo escuchaba se sentía liberada de la religión legalista en que se había ido convirtiendo la fe de Israel, y veía también en él al Mesías esperado ("Mesías" es una palabra hebrea que significa "Ungido", es decir, "el que Dios ha consagrado, el elegido" y en griego se traduce como "Cristo") que podría liberar al pueblo de la situación de opresión en que vivía.

Pero había cosas que no entendían. Sobre todo, no entendían que Jesús no pareciese muy dispuesto a encabezar una acción enérgica para implantar el Reino de Dios en la tierra, echando a los romanos y a los dirigentes religiosos corruptos, sino que, en vez de esto, hablase de amar hasta la muerte. Pero aun así, los discípulos le seguían y mucha otra gente le tenía por un verdadero profeta, porque transmitía una fe y una esperanza que nadie más era capaz de transmitir.

Hasta que llegó el momento trágico. En los días de la Pascua, cuando en Jerusalén se concentraban grandes multitudes de todas partes para celebrar la fiesta principal del calendario judío, Jesús fue detenido, torturado como era costumbre en la época, y ejecutado en una cruz, el

suplicio más doloroso que preveía la legislación romana, destinado a los condenados poco respetables.

La gran novedad: la resurrección de Jesús

Los discípulos quedaron muy descolocados, ante aquel desastre. Porque, realmente, no se lo esperaban. Jesús se lo había dicho más de una vez, pero ellos tenían demasiado arraigado en el alma el convencimiento de que, si Jesús era realmente el Mesías como ellos creían, en el momento definitivo tendría lugar alguna reacción poderosa de Dios que pondría las cosas en su lugar. Pero resulta que no fue así. Y ellos se quedaron sin saber qué hacer.

Algunos se quedaron en Jerusalén más o menos escondidos, las mujeres fueron al sepulcro a ungir el cuerpo como era piadosa costumbre (las mujeres amaban a Jesús de un modo distinto, y además, contaban menos socialmente y por tanto corrían menos peligro), otros empezaron a dispersarse... Hasta que, primero las mujeres, luego Pedro (a quien Jesús había elegido como primero de sus apóstoles), y luego los demás apóstoles y discípulos, fueron certificando una experiencia: habían visto a Jesús vivo, se les había aparecido, ¡Dios le había resucitado!

Más adelante, en el tercer capítulo de este libro, intentaremos explicar en qué debió consistir esta experiencia. Ahora, de momento, digamos que, a partir de aquí, empezaron a reagruparse, a reafirmarse en lo que habían experimentado, y a sacar consecuencias. Porque hay algo muy claro: los discípulos habían quedado descolocados y con un gran desengaño, pero eso no significaba que todo lo que habían vivido con Jesús se les hubiera borrado del alma. Y por tanto, su corazón estaba abierto a creer. Y empezaron, poco a poco, con dificultades, a creer que, efectivamente, el camino de Jesús no había sido un fracaso definitivo, sino todo lo contrario: el camino de Jesús había sido garantizado y reivindicado por Dios, resucitando de entre los muertos a aquel que había sido humillado y destrozado en la cruz.

La primera comunidad cristiana

Aquellos discípulos comienzan a sentir que ahora ellos tienen el mismo Espíritu que Jesús (y hacen experiencia colectiva de ese Espíritu: es la escena de Pentecostés que se describe en el libro de los Hechos de los

Apóstoles 2,1-13), y que por tanto están llamados a continuar su obra y dar a conocer a todos aquello que han vivido. Y se reúnen en comunidad, y reflexionan sobre todo lo que les ha sucedido, y van recordando y entendiendo mejor lo que significaban las palabras y los hechos de Jesús, y lo aplican a las nuevas situaciones que van viviendo... Y se reúnen cada semana para vivir la presencia de Jesús mediante el gesto del pan y el vino que él les dejó, y celebran el bautismo como rito de ingreso en la nueva comunidad... Y primero hablan de Jesús como el enviado de Dios, el Hijo de Dios, hasta que llegan a formular que en la vida humana de Jesús, en todo lo que él decía y hacía, Dios estaba plenamente presente: llegan a formular que Jesús era la presencia plena de Dios, era Dios hecho hombre. Seguirle a él, unirse a él, era seguir a Dios y unirse a Dios.

Durante los primeros años, la comunidad de los seguidores de Jesús no pensaron que estuviesen iniciando una comunidad distinta de la comunidad judía. Participaban de las plegarias del templo de Jerusalén, iban a la sinagoga, cumplían con las prácticas religiosas judías... y, además, se reunían para recordar y celebrar a Jesús, y vivir lo que él había enseñado. Se consideraban seguidores de la religión judía, pero con la diferencia de que ellos creían que las promesas de Dios a Israel ya se habían realizado en Jesús.

Pero poco a poco esta situación se fue haciendo insostenible. Pronto, un grupo de seguidores de Jesús, encabezados por Esteban, y que estaba formado por los judíos de lengua griega, comenzaron a criticar muy duramente la religión judía, y a decir que la religión judía había traicionado el proyecto universal de Dios, encerrándose en sus leyes y ritos, y que ya no respondían a lo que Dios quería y esperaba. Esteban fue detenido, y murió apedreado (Hechos 6 y 7).

Los miembros del grupo de Esteban huyeron de Jerusalén, y se dispersaron. Y algunos de ellos se atrevieron a dar un paso decisivo: empezaron a anunciar la Buena Noticia de Jesús a personas de origen no judío. Eso ocurrió por primera vez en la ciudad de Antioquía (Hechos 11,19-26). Y a partir de ahí, se inició algo que fue como una revolución. Porque hasta entonces, los seguidores de Jesús practicaban la religión judía. Y si alguien no judío quería formar parte en la comunidad, primero tenía que aceptar las prácticas judías como la circuncisión y toda la normativa religiosa del judaísmo. Pero ahora todo empezó a cambiar. El grupo de Esteban, avalado por Bernabé y con el empuje del apóstol Pablo

que se incorporará a ellos, empezarán a decir que para seguir a Jesús basta con creer en él y en la forma de vida que él propone, y nada más. Que no hay que hacerse antes de religión judía.

Para muchos resultó difícil aceptar este planteamiento, pero al final la idea terminó imponiéndose. Y es que esta era, realmente, una consecuencia obvia del Evangelio de Jesús. El Dios que Jesús había presentado, y que estaba en la línea de los anuncios proféticos más abiertos, estaba más allá de cualquier barrera de raza o de nación, y no exigía el cumplimiento de leyes rituales, sino que exigía una manera de vivir basada, simplemente, en el amor de verdad. Desde ahora, por tanto, la fe de Jesucristo ya no será una rama del judaísmo, sino algo nuevo y distinto. Y dice el libro de los Hechos de los Apóstoles (11,26): “Y fue en Antioquía donde los discípulos se llamaron por primera vez cristianos”.

Y el cristianismo se irá extendiendo. En un imperio romano tan estratificado socialmente y en el que la compasión por los débiles era considerada un sentimiento propio de gente de poca altura, la Buena Noticia de Jesús es recibida como una liberación por un buen número de personas: gente sencilla que se ve ahí reconocida y valorada, y gente bien situada que desea un planteamiento vital más humanizador que el que el imperio ofrece. Y el cristianismo empezará a extenderse, y llegará hasta la capital, Roma. Primero llegará a través de algunos judíos que se instalarán allí, antes del año 50; luego, a partir del año 60, los apóstoles Pedro y Pablo se establecerán también allí, y desde entonces Roma se irá convirtiendo en el centro del cristianismo, y su obispo, sucesor de Pedro, irá asumiendo la misión de primer responsable de la comunidad eclesial.

Y al mismo tiempo que se extiende, el cristianismo comenzará también a ser perseguido, en determinadas épocas y situaciones. Primero, porque los cristianos son considerados gente rara que no hace lo que todos hacen, gente “diferente”; y por eso el emperador Nerón, en el año 64, los podrá acusar tranquilamente de ser los autores del incendio de Roma, sin que nadie levante la voz para defenderlos. Y luego, más adelante, cuando ya están más extendidos y consolidados, los perseguirán por considerarlos un auténtico peligro para la cohesión del imperio, ya que no aceptan la sumisión absoluta al emperador y se niegan a ofrecer sacrificios a los dioses que simbolizan el poder imperial.

Hasta que llegará un momento, en el año 313, en que el emperador Constantino decidirá que aquella situación ya no se puede aguantar por

más tiempo. Los cristianos son demasiado numerosos, y es inútil prohibir su existencia, de modo que decide legalizarlos y, más adelante, hacer del cristianismo religión oficial del imperio.

La historia que continúa

Y la historia continúa hasta hoy. Con momentos magníficos y momentos oscuros, la comunidad de los cristianos ha perdurado a lo largo de los siglos y ha hecho posible que nosotros, ahora, podamos seguir creyendo en Jesús y sintiendo la alegría de su Evangelio. Esta es la obra del Espíritu. Y para reafirmarla en nosotros, en las páginas que siguen intentaremos recoger lo más básico de nuestra fe. Lo que los apóstoles nos han transmitido, y lo que la comunidad cristiana ha ido reflexionando a lo largo de los siglos. Porque, evidentemente, a lo largo de los siglos ha habido momentos en los que ha parecido que eran fundamentales para la fe cosas que no lo eran; pero lo básico ha permanecido siempre, y eso es lo que merece la pena que conozcamos y vivamos con la mayor profundidad posible.

Porque esto da solidez a nuestras vidas, y porque, también, nos hace más capaces de “dar razón de nuestra esperanza” (I Pedro 3,15) a todos aquellos con quienes compartimos la vida y que quizá no comparten esta fe.

2. LOS EVANGELIOS Y LA BIBLIA

El punto de referencia de nuestra fe es una persona, Jesús. Pero para llegar a él tenemos un instrumento fundamental, que son los evangelios, junto con los demás libros de lo que llamamos el Nuevo Testamento, y también, los libros que conocemos con el nombre de Antiguo Testamento. Este conjunto de libros forman la Biblia (que es una palabra griega que significa precisamente esto, “libros”).

Los evangelios

Los evangelios son el medio principal que tenemos para llegar a Jesús. En ellos encontramos reflejada la fe de los primeros seguidores de Jesús, que nos dejaron así expresado lo que Jesús significó para ellos, lo que para ellos hacía que Jesús fuese alguien decisivo, alguien que les había cambiado la vida. En los evangelios, por tanto, no tenemos que buscar ninguna biografía detallada de Jesús, sino aquellos hechos que, para los cristianos a los que iban dirigidos, resultaban más relevantes para su camino de fe y más ayudaban a las situaciones que ellos vivían.

Inmediatamente después de la muerte y la resurrección de Jesús, en los primeros grupos cristianos que se fueron formando, se transmitían de viva voz historias y relatos sobre Jesús. Eran historias que la gente se aprendía de memoria, y que se pasaban de una comunidad a otra, a partir de lo que explicaban los apóstoles y los discípulos directos de Jesús. Lo primero que se empezó a explicar fue el testimonio sobre la resurrección, porque era lo más determinante para la fe. Y luego, los distintos momentos de la pasión y la muerte, y luego enseñanzas y actuaciones varias, curaciones de enfermos, conflictos con las autoridades... Y se explicaban en función de los deseos de conocer que tenían los oyentes, y también de las problemáticas y situaciones que las

comunidades se iban encontrando y para las que buscaban luz en lo que había dicho y hecho Jesús en situaciones semejantes. A veces, incluso, ante problemáticas nuevas, intentaban imaginar cómo habría actuado Jesús en aquella situación, y creaban una historia para explicarlo (porque, a diferencia de nosotros, en aquella cultura las cosas se explicaban más con historias que con planteamientos racionales y sistemáticos).

Con el tiempo, en distintos lugares, se empezaron a recopilar las historias de la vida de Jesús. El número de los cristianos iba creciendo, y disponer de un conjunto de relatos o de enseñanzas recogidos por escrito facilitaba mucho el conocimiento de Jesús y el recuerdo más fidedigno de él. Hasta que, probablemente hacia el año 70, un cristiano llamado Marcos, que pertenecía a una comunidad de Roma o quizá de Grecia, decidió escribir ordenadamente los hechos de la vida de Jesús que resultaban más relevantes para la comunidad a la que él pertenecía. Este relato recibió el nombre de “evangelio”, que significa, en griego, “buena noticia”, noticia gozosa. Poco tiempo después, otros dos cristianos, Mateo y Lucas, sirviéndose del relato de Marcos y de otras informaciones y colecciones de enseñanzas de Jesús, escribieron sus propios relatos. Y bastantes años más tarde, otro cristiano, Juan, escribió un relato bastante distinto de los anteriores, ya que a partir de unos pocos hechos construyó una reflexión más teológica sobre la persona y el mensaje de Jesús.

Otros autores, probablemente, intentaron también obras semejantes, en la misma línea que estos cuatro, pero se nos han perdido. Y otros escribieron, también, relatos que la comunidad cristiana consideró fantasiosos o incluso contrarios a la figura auténtica de Jesús, y que fueron rechazados; son los que conocemos con el nombre de “apócrifos”, de los que se nos conservan algunos, enteros o fragmentarios. Fue en el siglo IV cuando se decidió de forma definitiva lo que ya era criterio mayoritario de la Iglesia: considerar estos cuatro evangelios como los que realmente transmitían el mensaje auténtico sobre Jesús.

Los evangelios, por tanto, nos acercan a él sabiendo que en ellos no debemos buscar ni una biografía ni una crónica de la vida de Jesús, sino el testimonio de lo que, para sus primeros seguidores, resultó decisivo para cambiar sus vidas. Con el deseo de que también cambie las nuestras.

El Nuevo Testamento

Además de los cuatro evangelios, los cristianos consideramos también

como textos constituyentes de nuestra fe otro conjunto de escritos. Todos ellos, los evangelios y estos otros escritos, forman lo que se llama el Nuevo Testamento. Estos otros escritos son de tres tipos: las cartas apostólicas, los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis.

a) *Las cartas.* San Pablo, a lo largo de sus viajes evangelizadores, escribía cartas a sus comunidades, respondiendo a cuestiones que le planteaban, o hablando de problemas que alguien le había comentado, o reflexionado sobre temas que le parecían importantes. La carta más antigua que se nos conserva es la primera que dirigió a los cristianos de Tesalónica, escrita en el año 51, y anterior por tanto a los evangelios: es el escrito cristiano más primitivo que tenemos. De hecho, no todas las cartas que llevan el nombre de Pablo han sido escritas por él: algunas son de discípulos suyos, o le han sido atribuidas, como era costumbre en la época; pero lo importante no es si realmente él las escribió o no, sino si los cristianos de los primeros tiempos las acogieron como testimonio de su fe y como guía para su vida cristiana. Y también hay que añadir que, además de las cartas de Pablo, el Nuevo Testamento nos conserva algunas otras cartas de otros autores. Todas ellas son testimonio de la fe y la vida de la primera comunidad.

b) *Los Hechos de los Apóstoles.* El libro de los Hechos de los Apóstoles es obra de Lucas, el autor del tercer evangelio. Él mismo explica en el prólogo que, después de haber redactado su escrito sobre Jesús, ha querido redactar otro con la historia del nacimiento y crecimiento de la Iglesia. Su libro narra los inicios de la comunidad cristiana en Jerusalén, y luego se centra sobre todo en explicar la actividad evangelizadora del apóstol Pablo.

c) *El Apocalipsis.* El Apocalipsis es el último libro del Nuevo Testamento, y el más difícil de entender, porque utiliza un género literario lleno de imágenes sorprendentes para nosotros. El objetivo de este libro es dar ánimo a la comunidad cristiana en época de persecución, anunciando que, al final, del mismo modo que Jesucristo resucitó, también los que le siguen vencerán sobre los imperios de este mundo y sobre el mal y la muerte.

El Antiguo Testamento

Finalmente, tenemos que hablar un poco también del Antiguo Testamento, que es la parte más extensa de la Biblia. Son los libros que

la religión judía consideraba (y considera) como sagrados, y con los que Jesús se formó. Los cristianos les damos el nombre de “Antiguo Testamento” para señalar que son la primera revelación de la alianza de Dios (“testamento” en latín significa alianza), realizada al pueblo de Israel, y que ahora ha sido culminada con el Nuevo Testamento, la nueva alianza que nos ha llegado por medio de Jesucristo.

Los libros del Antiguo Testamento son muy variados. Están los cinco primeros, conocidos con el nombre de Pentateuco, que narran los inicios del pueblo de Israel, y que son los que la religión judía considera más significativos (ellos los llaman “la Ley”, en hebreo “Torá”); están luego otros libros históricos; luego, los libros de los profetas, que llaman al pueblo a ser fiel al camino de Dios y anuncian promesas de salvación y de vida nueva; luego tenemos la magnífica colección de plegarias que constituye el libro de los salmos; luego, libros de reflexión sobre la vida y sobre la fe, llamados “sapienciales”; luego algunos libros como pequeñas novelas que quieren ser ejemplos de vida...

A lo largo de todos estos libros, que evidentemente resultan a veces difíciles, porque pertenecen a una cultura muy alejada de la nuestra, podemos ver cómo el pueblo de Israel fue descubriendo el camino de Dios, con momentos de gran intensidad religiosa y humana, y con otros momentos que nos sorprenden por su dureza e incluso crueldad. Pero detrás de todo realmente intuimos cómo Dios acompaña este camino, y nos podemos encontrar con páginas magníficas que nos anticipan lo que después encontraremos plenamente realizado en Jesús.

Jesús, efectivamente, se formó leyendo estos libros, y de ellos extrajo lo más valioso. En estas páginas fue descubriendo él también la llamada de Dios, y forjó las líneas maestras de su anuncio, de su Buena Noticia. En muchos momentos de su predicación, cita palabras proféticas, o episodios de la historia, a partir de los cuales explica la nueva manera de vivir que él quiere anunciar. Y luego, las comunidades cristianas también utilizaron determinados pasajes del Antiguo Testamento para explicar y entender mejor el sentido de la vida de Jesús, y vieron reflejado en él lo que los profetas anunciaban.

3. CREER EN JESÚS

Poco sabemos sobre el nacimiento y la infancia de Jesús, y nada sobre su juventud hasta el momento en que comenzó su actividad pública, cuando tenía unos treinta años. Dos de los evangelios, el de Mateo y el de Lucas, inician su relato con unas escenas que nos presentan el nacimiento de Jesús rodeado de hechos maravillosos, para mostrarnos que aquel niño era el enviado de Dios, y para resaltarnos ya de entrada el significado de su misión: nacido de familia sencilla, reconocido sólo por gente sencilla (pastores) o por gente que no pertenecía al pueblo elegido (magos)... y con un nacimiento en el que se resalta la acción de Dios que desborda todas las previsiones humanas, y que exige la aceptación creyente de esta acción de Dios (nacido de María sin intervención de ningún hombre).

La actuación de Jesús comienza cuando deja su pueblo de Nazaret y se va a la ribera del río Jordán, donde un profeta, Juan Bautista, invita a cambiar de vida para recibir el Reino de Dios (Marcos 1,1-8; Lucas 3,1-20). Estamos en un momento en el que en Israel, en muchos ambientes, bulle el deseo de algo nuevo, y la esperanza de que Dios actuará para liberar al pueblo y cumplir sus promesas de salvación; unas promesas que, por otra parte, eran entendidas de modos distintos según los distintos sectores de gente (desde los que pensaban en una acción guerrera para expulsar a los romanos opresores, hasta los que esperaban una acción trascendente de Dios que lo cambiaría todo); para muchos, todo esto se concretaba en la espera de un Mesías enviado por Dios.

Jesús, por los caminos de Palestina

Juan moviliza a mucha gente, y Jesús, que comparte los deseos de transformación y se siente llamado por Dios a propagar e impulsar esos deseos, va allí donde Juan predica y bautiza a los que quieren emprender el camino del cambio de vida, y recibe también el bautismo. Y aquel momento se convierte en un símbolo decisivo. Dice el evangelio que

el cielo se abrió y se oyó una voz: “Tú eres mi Hijo amado, mi preferido” (Marcos 1,9-11). Y aquello fue como el pistoletazo de salida. Jesús se va un tiempo al desierto, a rezar y a reflexionar sobre lo que tiene que hacer; allí, en la escena de las tentaciones (Mateo 4,1-11), el evangelio nos presenta cómo Jesús se reafirma en la convicción de que el mensaje de Dios no se impone por el poder ni por el éxito social, sino por la acción constante del amor. Con las ideas ya muy claras, se vuelve a su tierra, Galilea, y comienza a proclamar: “Se ha cumplido el tiempo, está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed esta Buena Noticia” (Marcos 1,14-15). Convoca a una cuanta gente para que se le unan, y empieza a recorrer pueblos y ciudades anunciando que, efectivamente, Dios quiere cambiar la vida de las personas e iniciar un mundo diferente, en el que la felicidad pueda llegar a todos, y sobre todo a aquellos que más lo necesitan. Y junto con este anuncio, él empieza a hacerlo realidad curando enfermos, acercándose a aquellos a quienes la religión de Israel obligaba a tener marginados (como es el caso de los leprosos), aceptando a las mujeres en su círculo más cercano, afirmando que el bien de las personas está por encima de la Ley...

Jesús crea a su alrededor un clima nuevo y entusiasta. La gente experimenta que, efectivamente, aquel predicador ofrece algo nuevo, que ayuda a vivir. Que no es alguien que, como los maestros de Israel, se dedica a repetir lo que está mandado, sino que habla y actúa como alguien que sabe qué es lo que realmente merece la pena, qué es lo realmente importante... Y además, lo dice afirmando que esto es lo que Dios quiere, que el camino de Dios es este. Algunos ya empiezan a preguntarse si no será Jesús el enviado de Dios que Israel esperaba, el Mesías que vendría a cumplir las promesas de Dios...

Pero todo ello empieza a inquietar a los dirigentes religiosos de Israel, que ven cómo Jesús se atribuye una autoridad que no le corresponde, y que, cuando resulta conveniente para hacer el bien a las personas, se salta la Ley y afirma que esta es la voluntad de Dios. No es posible, afirman estos responsables religiosos, que alguien pueda pretender que saltarse la Ley es voluntad de Dios. Y empiezan los conflictos.

Pero Jesús sigue predicando y actuando. La gente se le acerca porque él transmite vida por todas partes. Un elemento especialmente significativo son sus milagros, que mayoritariamente son curaciones de enfermos. A nosotros, esta actividad de Jesús nos sorprende e incluso quizá nos incomoda. Los milagros tenemos que verlos no como exhibiciones de poder por parte de Jesús, sino como una acción de Jesús a favor de

los que sufren. Jesús no cura para demostrar su poder, sino como un signo de la presencia de Dios junto a los que sufren, para liberarlas. Jesús cura para hacer el bien a las personas que se le acercan. Lo que ocurre es que -podríamos decirlo así- la capacidad de Jesús para hacer el bien es superior a la nuestra. Jesús es alguien que vive lleno de la fuerza de Dios, y eso hace que, del mismo modo que transmite a los que se le acercan esperanza y vida con una intensidad superior a cualquier otra persona, también llega a actuar en la vida física de las personas con una intensidad que a nosotros nos resulta incomprensible... Realmente, Jesús debía irradiar a su alrededor una sensación total de transformación, de vida renovada. Sin duda que algunas enfermedades que Jesús cura son trastornos psicológicos para los que la proximidad personal de Jesús constituía una terapia suficiente. Y también es cierto que algunos milagros están amplificadas por el entusiasmo de los narradores. Pero sin duda hay otros que siguen dejándonos perplejos y admirados ante la fuerza sanadora de Jesús, fruto de su humanidad llena de Dios.

Jesús continúa, por tanto, y a pesar de los conflictos, curando enfermos y predicando. Y su predicación se centra en la nueva manera de entender la vida que hay que asumir para estar de acuerdo con lo que Dios quiere. Él vive profundamente la relación con Dios, y quiere que toda persona entienda que Dios es, por encima de todo, el Padre de los hombres y mujeres sin distinciones, de modo que ante Dios no hay diferencias, y que, por tanto, el criterio de vida debe ser este: buscar el bien de toda persona (¡incluso de los enemigos!), ser capaz de perdonar, amar más allá de las diferencias sociales y religiosas, hacer posible un mundo de hombres y mujeres iguales y hermanos. Y confiar totalmente en Dios, pase lo que pase, y aunque por seguir su camino uno tenga que sufrir incomprensiones y persecuciones.

Y Jesús sufrirá, efectivamente, incomprensiones y persecuciones. Él mismo anunciará que este es su destino, y los discípulos no lo entenderán ni lo aceptarán: ellos esperaban que Dios, por medio de Jesús, transformaría las cosas; pero en sus cálculos no entraba que esto tuviera que realizarse por medio del sufrimiento... ¡no eran estas, desde luego, las esperanzas de Israel! Pero llegará un momento en que, efectivamente, el conflicto con los dirigentes religiosos y con las autoridades de Israel se irá haciendo cada vez más duro. Y Jesús decidirá ir a Jerusalén, la capital, para afrontar la situación y proclamar con aún mayor energía su mensaje. Será en los días de la Pascua, la fiesta más importante de los judíos, cuando la ciudad se llenaba de una multitud de peregrinos venidos de todas partes.

La muerte y la resurrección de Jesús

Jesús, acompañado de su gente, entrará en la ciudad montado en un asno, como signo del tipo de mundo que él propugna (los reyes y los guerreros iban a caballo, el asno era el animal del pacífico trabajo cotidiano, y algún profeta había resaltado esa diferencia: ver Zacarías 9,9-10), y luego se llegará hasta el templo a realizar un acto de protesta contra la manera como se vivía la religión en Israel, centrada en ofrendas y sacrificios de animales que generaban un notable negocio (Mateo 21,1-17).

Y a partir de aquí se desencadenarán los acontecimientos. Jesús celebrará una cena ritual de despedida con sus discípulos, y en medio de los ritos de aquella cena incluirá un signo propio, destinado al futuro: tomará el pan y se lo repartirá diciendo que aquel alimento es él mismo, su vida entregada; y luego pasará la copa de vino, y les volverá a decir que aquel vino es su vida, y que lo beban como memoria de él, presencia de todo lo que él ha vivido y prenda de futuro. Y luego, se irán todos a un campo de olivos llamado Getsemaní, y allí lo detendrán (Marcos 14; Mateo 26; Lucas 22).

Jesús será juzgado por el tribunal judío y luego por el gobernador romano Poncio Pilato, será escarnecido y torturado, y finalmente condenado al suplicio infamante de la cruz, destinado a la gente de baja condición y a los enemigos del imperio. Porque Jesús era un estorbo para todos, para los dirigentes tanto judíos como romanos, y sin duda molestaba también a mucha otra gente, que veían en él a alguien que quería cambiarlo todo, un agitador que era mejor que desapareciera de la circulación para mantener la tranquilidad colectiva. De hecho, no es que Jesús tuviera mucho poder para liderar ningún levantamiento popular, más bien no tenía ninguno, ni pretendía un tal liderazgo. Pero sí pretendía que muchas cosas cambiaran: pretendía que la religión de Israel rompiera tanto con la rigidez de la Ley como con el ritualismo del Templo, y tomara como criterio el amor del Dios Padre y liberador, y esto molestaba profundamente a los dirigentes religiosos; y pretendía un mundo en el que las relaciones humanas se basaran en la fraternidad y no en el dominio de unos sobre otros, y esto (aunque de momento el gobernador no llegara a captarlo: más bien lo condenó para sacarse una complicación de encima) era un profundo ataque ideológico al sistema de poder del imperio romano, como bien se vio años después, cuando los seguidores de Jesús empezaron a extenderse por todas partes.

Y Jesús murió en la cruz. Experimentó toda la profundidad del dolor y del mal, y lo vivió como un abandono de Dios, y clamó a él con las palabras del salmo 21: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Marcos 15,34). Pero este grito era al mismo tiempo una profunda afirmación de confianza: no tendría sentido clamar a alguien pensando que no te va a oír ni te va a escuchar... Y Jesús muere poniéndose absolutamente en manos del Dios liberador, y viviendo hasta el final el espíritu de compasión y de perdón que habían guiado toda su existencia (Lucas 23,33-46).

Sus seguidores quedaron totalmente descolocados. No se esperaban que aquel Jesús que tanto los había atraído y tanto habían querido terminase de aquella manera. Parecía muy contradictorio con todo lo que ellos habían esperado y creído: ellos esperaban que Jesús actuaría en nombre de Dios para cambiar las cosas, y ahora resultaba que su destino era la muerte más ignominiosa. Y algunos se escondieron, otros empezaron a dispersarse...

Pero al cabo de unos días, todo empezó a cambiar. Los relatos evangélicos nos explican unas experiencias sorprendentes, que quieren expresar algo inexpresable. Primero algunas de las mujeres que le habían seguido, luego el apóstol Pedro, los demás apóstoles y otros discípulos... comienzan a decir que se les ha aparecido, que lo han visto vivo, que ha resucitado. Todos los relatos nos presentan estas experiencias como algo que supera la experiencia normal: no se lo encuentran por la calle, como lo habían conocido antes de su muerte, sino como alguien a quien cuesta reconocer, pero que luego, una vez reconocido vivo y presente en medio de ellos, les llena de gozo y de felicidad. Jesús resucitado está ahora en una vida distinta, pero una vida que no es una imaginación sino que es muy real: ha roto las cadenas de la muerte, y vive ya la vida de Dios. Y sus seguidores poco a poco se van concienciando de que, efectivamente, aquel que había fracasado en la cruz, ahora vive para siempre. No saben cómo explicarlo, pero les resulta una evidencia, un hecho que les hace darse cuenta de que el camino de Jesús, su amor hasta la muerte, era verdaderamente el camino de Dios. Ellos pensaban que Dios se manifestaría con poder y éxito, y ahora se dan cuenta de que Dios se ha manifestado en un hombre que ha amado hasta morir en la muerte trágica de la cruz. Y ven que no se habían equivocado siguiendo a Jesús, que sus palabras y sus hechos, que tanto les habían atraído y entusiasmado, eran realmente obra de Dios. Y confirman su esperanza de que Jesús era realmente el enviado de Dios, el Mesías esperado. Y le llaman Jesús Mesías, que traducido en griego es Jesús Cristo, Jesucristo.

Los primeros pasos de la fe

A partir de aquí, los discípulos dan un paso más. El paso de creer que, en Jesús, Dios se manifestaba plenamente. Que Jesús, un hombre como ellos, era la presencia de Dios, que Dios estaba plenamente presente en Jesús. Que, a través de la vida y de la persona de Jesús, habían podido tocar a Dios. Que aquel amor tan grande de Jesús, aquella humanidad suya tan cercana a los pobres, aquella manera de vivir tan desprendida y tan entregada, era la manifestación de Dios, era Dios mismo revelando a la humanidad cuál era la vida humana que merecía realmente la pena, cuál era la vida humana de Dios, la vida humana divina. Y empezaron a afirmar que Jesús era el Hijo de Dios; comenzaron a afirmar que el hombre Jesús era Dios. (Y bastantes años más tarde, acuñaron la fórmula teológica: Jesús es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre).

Y este paso iba unido a otro. Comenzaron a reflexionar sobre el sentido de la muerte y la resurrección de Jesús para nosotros, los hombres y mujeres de este mundo, marcados por el pecado y alejados del proyecto de Dios. Él, Jesús, había vivido una vida humana totalmente fiel, totalmente entregada, totalmente cercana a Dios. Él había hecho lo que nosotros éramos incapaces de hacer: romper el círculo de mal y de pecado en el que la humanidad estaba inmersa, y vivir totalmente según el proyecto de Dios. Un hombre, Jesús, había vivido totalmente según el amor de Dios, vaciándose de sí mismo, entregándose totalmente. Él había hecho todo lo que los ritos, los sacrificios y las prácticas religiosas eran incapaces de lograr: acercar la humanidad a Dios. La vida y la muerte de Jesús era el auténtico sacrificio que acercaba a Dios. Y todos los hombres y mujeres, con Jesús, mediante el amor entregado del hombre Jesús, quedábamos también acercados a Dios. Y así empezaron a afirmar que Jesús era el salvador, el redentor, de la humanidad: aquel que había hecho posible que los hombres y mujeres, alejados de Dios por nuestras infidelidades a su proyecto de amor, pudiésemos acercarnos a él, vivir su presencia en nuestras vidas, y llamarnos, de verdad, hijos suyos. Se había roto, ya para siempre, el muro de separación entre Dios y los hombres. Gracias a Jesús, los que quieren unirse a él y seguir su camino (tanto si lo quieren conscientemente, con fe en él, como si lo quieren sin ser conscientes de ello, con la buena voluntad del amor), viven una vida humana realmente plena, que es lo mismo que decir que viven la vida de Dios en este mundo y están llamados a vivirla para siempre en su Reino definitivo.

4. DIOS EL PADRE

Dios era el centro y el objetivo de la vida de Jesús. Todo lo que él hizo, todo lo que dijo, todo lo que fue, giraba en torno a una profundísima vivencia de Dios. Y de esta vivencia surgía su propuesta sobre la manera de vivir en este mundo: ser auténtica y plenamente persona en este mundo consiste, para Jesús, en seguir el camino de Dios, como él mismo lo seguía. Y hacerlo con el convencimiento de que, más allá de todo, incluso más allá de la muerte, podemos confiar en el amor de Dios que sostiene, acoge y da vida para siempre.

De todos modos, para entender al Dios que Jesús nos presenta, hay que tener en cuenta un elemento fundamental que diferencia nuestra cultura de la de su tiempo. Y es que, en tiempos de Jesús, poca gente se atrevía a afirmar que no creía en Dios, o en dioses. La divinidad era un dato aceptado por casi todos: en Israel, la fe en el Dios único revelado a Moisés lo impregnaba todo; en los demás lugares, un conjunto de divinidades formaban parte de la vida social, política o cotidiana sin que casi nadie cuestionase su existencia y su función, si bien para muchos estas divinidades no eran más que una convención social con poca incidencia en la vida.

El Dios que Jesús muestra

La novedad de Jesús, por tanto, no es afirmar la existencia de Dios, sino afirmar que a Dios se le encuentra de una determinada manera, distinta de la que la religión de Israel propugnaba, y más distinta aún de la que propugnaban las religiones paganas.

Jesús dirá, en un determinado momento, que a Dios no se le adora en templos sino “en espíritu y en verdad” (Juan 4,21-24). Y en otro momento explicará que, después de la muerte, los “benditos del Padre” serán los que habrán dado de comer a los que pasaban hambre o habrán acogido

a los forasteros (Mateo 25,31-40). Es decir, que Jesús nos invita a entender a Dios como aquel que nos llama, por una parte, a llevarlo dentro del corazón y a tenerlo como compañero de camino, como vida plena, como oferta de felicidad; y por otra, a verlo presente en cada persona y de un modo especial en aquellos que sufren, lo que nos llevará a vivir según un amor que tenga clara preferencia por los pobres, que busque la fraternidad y la igualdad, que no se conforme ante las marginaciones y las injusticias...

En definitiva, Jesús nos invita a entender y vivir a Dios como él lo entendía y lo vivía: repasar el evangelio e ir aprendiendo las actitudes de Jesús es la mejor manera de acercarse a Dios. Y una palabra resume más que ninguna otra esta forma de acercarse a él: la palabra Padre. Ciertamente que antes de Jesús ya encontramos escritos proféticos que llaman Padre a Dios. Pero Jesús convierte esta expresión en una formulación básica de lo que Dios es. Jesús llama a Dios con la palabra “Abba”, que era como los niños llamaban a su padre en su lengua aramea, que equivaldría más o menos a nuestro “papá”. Y con esta palabra, que tanto el evangelio de Marcos en Getsemaní como san Pablo en dos de sus cartas nos conservan sin traducir (Marcos 14,36; Romanos 8,15; Gálatas 4,6), encontramos expresado quizá lo que más define nuestra relación con Dios: la confianza total, el convencimiento de que podemos caminar sin temor por la fidelidad a su amor porque, pase lo que pase, él nos sostendrá.

Dios, para nosotros, en nuestro momento

Ahora, en nuestra cultura, la situación es distinta de la época de Jesús. Hay un buen número de gente que siente admiración por Jesús y su mensaje, o que comparte los mismos valores humanos del evangelio, pero que en cambio no creen en Dios. Este compartir valores humanos es un progreso respecto al tiempo de Jesús, y podemos decir que en parte esto es debido a la influencia cristiana, unida al propio avance ético de la humanidad (que a nosotros, cristianos, nos lleva a darnos cuenta de que el Espíritu de Dios no está encerrado dentro de las fronteras de la Iglesia; precisamente, este avance ético más de una vez ha ido por delante de los planteamientos eclesiales, y ha empujado a la Iglesia a descubrir valores evangélicos que no había descubierto aún). Nosotros, pues, compartimos estos valores con muchos compañeros y compañeras no cristianos, y luchamos junto a ellos por un mundo más digno. Pero al mismo tiempo, estamos convencidos de que la plenitud humana está más allá de lo que

nosotros hacemos en este mundo. Que la plenitud de estos valores es Dios, de modo que la fe en él nos hace ser más plenamente humanos.

Nosotros creemos que, en el origen de todo, en el origen del universo y de la vida, y en el origen de nuestra vida humana, hay una voluntad amorosa que ha hecho posible todo lo que existe. Es la voluntad amorosa de Dios. Y esta gran verdad es la que expresa, con un poema magnífico, la primera página de la Biblia: el universo, la vida, y el hombre y la mujer, salen de las manos de Dios como una gran promesa de futuro. Nosotros creemos que el amor de Dios está en el origen de todo, y es el término de todo, y guía este largo camino del universo y de la vida hasta su plenitud. Y esto que creemos, no está en absoluto en contradicción con lo que la ciencia, desde siempre y más en nuestro tiempo, va descubriendo sobre los procesos que han originado lo que ahora somos, y que se concreta sobre todo en las teorías de la evolución; Dios, creemos nosotros, está en el origen de estos procesos, y los acompaña, y los lleva a la plenitud que es su vida para siempre.

A lo largo de la historia, la humanidad ha buscado acercarse a este Dios poderoso y misericordioso, y lo ha hecho de muchas maneras. Nosotros, los cristianos, afirmamos que en Jesucristo hemos reconocido el rostro de Dios presente en medio de nosotros. Y, siguiendo a Jesucristo, nos acercamos a Dios seguros de que él está con nosotros, y le llamamos Padre como hacía Jesús (o, incluso, Padere y Madre, porque el Padre del que nos habla Jesús incluye sin duda la riqueza paternal y maternal), y queremos vivir según su amor, y llegar a compartir plenamente su vida.

Nosotros estamos convencidos de que vivir nuestro camino en este mundo y nuestras luchas con el firme convencimiento de que Dios nos acompaña, no nos lleva de ningún modo a desentendernos de la labor que nos corresponde, sino que, al contrario, nos da más fuerza y más paz, y nos sostiene en los desánimos, y nos empuja a seguir siempre adelante. Y vivir nuestro camino con el convencimiento de que más allá de la muerte nos espera la vida de Dios, no nos lleva tampoco a no valorar las cosas de este mundo, sino que nos lleva a querer vivir y realizar en este mundo la plenitud de amor en el que creemos; pero con la paz y la seguridad de que, nos vayan como nos vayan las cosas, siempre tendremos los brazos de Dios abiertos y dispuestos a acogernos. Y esto, sin duda, es una buena noticia, es una confianza que hace más rica y valiosa la vida humana. La plenitud de la vida humana se encuentra en Dios.

Alejados de Dios por el pecado, acercados por Jesús

Pero aquí aún queda otro tema que no podemos olvidar. Ya hemos hablado un poco de él en el capítulo anterior. Y es que en nuestra vida hay muchas cosas que nos alejan de Dios. Nuestro camino personal y colectivo no es, desde luego, el camino del amor total, el camino que lleva a Dios. A menudo, nuestro camino va desviado, y a veces va claramente en dirección contraria. Cuando se escribieron las páginas con las que se inicia la Biblia, los primeros capítulos del libro del Génesis, después de aquel magnífico poema que ya hemos citado y que nos presenta a Dios como el origen de todo y nos muestra al hombre y a la mujer como culminación de esta obra maravillosa que es el mundo, enseguida el autor quiso explicar que esta obra llena del amor de Dios estaba marcada por el mal. Y con aquella historia de la fruta del árbol del conocimiento del bien y del mal, nos quiere explicar el alejamiento del ser humano respecto al proyecto amoroso de Dios. La serpiente les tenta diciéndoles que, si comen de aquel árbol, serán “como dioses, conocedores (es decir: controladores, dominadores) del bien y del mal” (Génesis 3,4). Dicho de otra forma: que podrán decidir lo que está bien y lo que está mal, en función de sus propios intereses. El lenguaje aquí utilizado es mitológico, pero lo que quiere decir es muy claro: frente al proyecto del amor universal de Dios, se levanta el proyecto individualista y egoísta, el deseo de ser yo dios, de poder decretar que será bueno lo que me vaya bien a mí, y será malo lo que me vaya mal a mí. Y el primero que querrá realizar este proyecto será Caín, que decidirá matar a Abel porque le estorba... Y desde entonces, la injusticia y la violencia marcarán toda la historia humana.

Y esto es el pecado. No es, como en otras épocas quizás se decía y como mucha gente aún cree, la ruptura de unas normas de comportamiento que alguien ha decretado, sino que es este alejamiento del proyecto de amor de Dios que los hombres y las mujeres estamos llamados a vivir y que de hecho no vivimos. Nos puede nuestro egoísmo, o nuestra pereza, o nuestra envidia, o nuestro afán de ser más que los demás... o nos pueden unos incontrolables impulsos que nos llevan a hacer cosas de las que luego nos avergonzamos, tal como muy bien describe san Pablo en la carta a los Romanos 7, 18-25. Y nuestro mundo, el sistema sobre el que está organizado este mundo, nos empuja en el sentido más contrario a este proyecto de amor que queremos seguir.

Todo esto es una barrera que nos separa de Dios. A Dios, nosotros

solos, nunca podríamos llegar. Pero Jesús ha superado y ha roto esta barrera. Él, uno de nuestra raza, un hombre como nosotros, ha vivido plenamente el amor de Dios, y nosotros, y toda persona de buena voluntad, unidos a él, hemos sido introducidos de nuevo en la vida de Dios. Nosotros seguimos siendo pecadores, seguimos sin amar como Dios ama, pero, unidos a Jesús, hemos recuperado nuestra condición de hijos del Padre. Nosotros y todos los seres humanos, desde Adán y Eva (los símbolos míticos de toda la humanidad), podemos entrar, si lo queremos, en la vida de Dios. La condición –digámoslo así- es que nos esforcemos para seguir su camino. Y así podremos vivir plenamente la buena noticia de su amor que lo llena todo.

Ante la fuerza del mal

Y aún nos queda un último punto. Y es que a veces la fuerza del mal parece que nos desborde por todas partes, y resulta difícil entonces mantener el convencimiento y la confianza en el Dios que es amor. El dolor y la miseria de tantas y tantas personas, una enfermedad cruel, la muerte de alguien que nos toca muy de cerca, las catástrofes inesperadas, la incomprensible maldad de algunas personas que provoca consecuencias tan terribles... Cuando sucede todo esto, nos podemos preguntar: ¿dónde está Dios?

No tenemos respuesta, ante ese mal que nos desborda. Sabemos que Dios no controla el mundo ni las personas como el que mueve un teatro de marionetas, sino que tanto la naturaleza como los hombres y las mujeres funcionan autónomamente, pero esto no sirve como consuelo para el que está sufriendo una tragedia o para el que la contempla sin poder hacer nada... Y entonces, lo único que podemos hacer es mirar a Jesucristo y recordar cómo él se enfrentó al mal. Se enfrentó acompañando a los que sufrían, luchando contra el mal en toda ocasión, protestando cuando correspondía... y, cuando en la cruz él mismo se vio definitivamente impotente, asumió el dolor y la muerte sin desesperanza, con la confianza de que el término de todo es la vida nueva de Dios.

No, no son fáciles estas actitudes. Quizás, a veces, lo único que podremos hacer será mantenernos en el silencio de la incomprensión e incluso de la duda. Pero ciertamente que también entonces, como en la cruz de Jesucristo, Dios estará presente aunque no seamos capaces de reconocerlo.

5. EL ESPÍRITU QUE ESTÁ CON NOSOTROS

Probablemente uno de los problemas de fondo de nuestra fe, un problema del que, por otra parte, somos muy poco conscientes, es que tenemos prácticamente olvidado uno de sus actores básicos: el Espíritu. Y esto es un problema porque afecta a la manera como a menudo es presentada la fe y también a la manera como nosotros mismos la entendemos y vivimos. Ser cristiano no es sólo un conjunto de verdades que creemos, ni un conjunto de cosas que tenemos que hacer. Ser cristiano es, sobre todo, la acción que alguien, el Espíritu, realiza en nosotros, y en la Iglesia, y también en el mundo. Y esto sin duda cambia muchas perspectivas.

El Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo

En el evangelio de Juan (20,19-23) queda muy claro. Jesús resucitado, cuando se hace presente en medio de sus apóstoles, les da su paz y les envía a proseguir su obra. Y, para que puedan realizar esta misión, dice el evangelista, “exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: ¡Recibid el Espíritu Santo!”. Y Lucas, al inicio del libro de los Hechos de los Apóstoles (2,1-6), escenifica, de una forma mucho más espectacular, esta misma realidad: los apóstoles y las mujeres están reunidos, resuena en toda la casa un viento recio, aparecen unas lenguas de fuego, todos quedan llenos del Espíritu Santo, y comienzan a anunciar la gran noticia de Jesús resucitado.

Las dos escenas quieren decir lo mismo: que los seguidores de Jesús, una vez él ha resucitado, reciben su mismo Espíritu para que continúen lo que él ha hecho. Y a partir de aquí, los discípulos comenzarán a anunciar a Jesús, y a reunirse en comunidad, y a celebrar su presencia en la Eucaristía, y a intentar vivir en el mundo de la misma manera que Jesús había vivido. La resurrección de Jesús no es sólo algo que le ha

sucedido a Jesús y que nosotros admiramos y que nos lleva a intentar imitar su vida. La resurrección de Jesús es mucho más. Es que el mismo Espíritu que le movía a él, el Espíritu que le hacía vivir de aquella forma tan plenamente entregada, el Espíritu que le daba aquella proximidad tan plena a Dios, ahora también lo tenemos nosotros. La resurrección de Jesús es el don de su mismo Espíritu para todos los que le siguen, y para su comunidad, y también para el mundo entero. El Espíritu de Jesús resucitado, el Espíritu Santo, lo impregna todo. Toda realidad humana, y todo el universo, está lleno del Espíritu: precisamente, hacer revisión de vida es ayudarnos mutuamente a descubrir esta presencia del Espíritu en las personas, en los acontecimientos, en toda realidad. Y es él quien nos empuja a nosotros a vivir como Jesús vivía, es él quien reúne a la comunidad y la mantiene fiel al testimonio de Jesús a lo largo de los siglos (si dependiese sólo de nosotros, con tanta infidelidad y tanta debilidad, ¿cómo podríamos transmitir el Evangelio?), y es él quien actúa en el mundo y hace que en los corazones de tantos hombres y mujeres, tanto si conocen a Jesucristo como si no, y a pesar del pecado tan presente en todas partes, crezcan semillas de justicia, de generosidad, de lucha por un mundo más digno, de amor sincero.

En el evangelio de Juan, en el discurso de la última cena, que es como un compendio de todo lo que significará ser cristiano y vivir en comunidad cristiana, Jesús dice: “El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho” (14,25). Y también: “Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena” (16,13). Esta es la obra del Espíritu: llevarnos hacia adelante, más allá incluso de lo que Jesús ha dicho y ha hecho, y conducirnos por el camino del mundo ayudándonos a responder a los nuevos retos que se nos vayan presentando, de modo que comprendamos cada día más a fondo el mensaje del Evangelio y lo sepamos vivir. Y creer que el Espíritu es quien nos guía y quien guía a la Iglesia es una vacuna contra cualquier fundamentalismo y cualquier conservadurismo, porque nos hace entender que el camino cristiano es un camino en cambio y en crecimiento. Y es también una vacuna contra cualquier tentación de actuar como si de nosotros solos dependiese el futuro de la humanidad o de la Iglesia, porque nos hace entender que más allá de nosotros está él, y que este débil camino humano, que a veces va tan lento, está lleno de vida y llamado a la plenitud de vida.

A lo largo de los relatos evangélicos vemos cómo Jesús se siente

guiado por el Espíritu, y en el libro de los Hechos de los Apóstoles se nos dice una y otra vez que el Espíritu actúa y mueve a los seguidores de Jesús y a la comunidad eclesial. Además de los textos del Evangelio de Juan que hemos citado, será san Pablo en sus cartas quien más ampliamente formulará el sentido de esta presencia del Espíritu de Jesús en los creyentes y en la comunidad. Y este sentimiento de ser guiados por el mismo Espíritu que guiaba a Jesús es vivido como una gran alegría.

Y aquí también la comunidad dará, en su reflexión, un paso importante. Y es que, igual como llegaron a entender que Jesús era la presencia plena de Dios, era Dios mismo hecho hombre, también llegarán a formular que el Espíritu que actúa en ellos también es la presencia de Dios, una presencia no palpable como había sido la de Jesús, sino una presencia que se vive en el fondo del corazón, espiritualmente, pero que es profundamente real, profundamente viva. El Espíritu es Dios, como lo es el Padre, como lo es el Hijo. La imagen de la paloma, tan frágil, pero que aparece aleteando sobre el mundo aunque no se puede atrapar, será un buen símbolo de esta presencia viva y activa. Y con él, también la imagen del fuego que se posa sobre cada persona, y la imagen del viento recio. Y san Juan dirá, en una magnífica formulación: “El viento sopla donde quiere; oyes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Eso mismo pasa con todo el que ha nacido del Espíritu” (3,8).

Dios Trinidad

La segunda carta de san Pablo a la comunidad cristiana de Corinto, escrita en el año 57, termina con unas palabras que actualmente a menudo se utilizan como saludo en el inicio de la misa: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros” (2 Corintios 13,13). Esta carta se escribe cuando no hace ni treinta años de la muerte de Jesús, y los cristianos ya han formulado el triple punto de referencia de la fe, es decir, la conciencia de que Dios se hace presente en tres “personas” (ellos no les llaman “personas”; pero esta es la palabra con la que más adelante se les designará). Y veinte o treinta años después, cuando se escribe el evangelio de Mateo, el evangelista pone en boca de Jesús resucitado un mandamiento que recoge lo que debía ser la práctica de su comunidad: “Haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado” (28,19-20).

Y aquí, en Mateo, la formulación es ya como un texto establecido, una fórmula litúrgica que expresa la fe.

Es lo que después se llamará la Santísima Trinidad, las tres “personas” que hay en Dios y a través de las cuales se nos ha manifestado. Ciertamente que las palabras no pueden expresar esta realidad que nos trasciende. Pero nos ayudan a recordar la riqueza de vida que hay en aquel que es el objeto de nuestra fe, una riqueza de vida que es también vida para nosotros. Nosotros creemos en Dios, y el Dios en quien creemos es Dios Padre, origen y término de todo; es Dios Hijo, Jesucristo, el Señor que ha vivido nuestra misma vida y ha muerto y ha resucitado; y es Dios Espíritu Santo, que está en nosotros y nos conduce por el camino del mundo.

6. UNA MANERA DE VIVIR

Crear en Jesús tiene unas consecuencias, implica una determinada manera de vivir. No con el objetivo de hacer “méritos” y lograr así que Dios nos ame, sino para responder al amor que Dios nos tiene, y para vivir auténticamente como personas.

Jesús criticaba la religión de Israel tal como se vivía en su tiempo, porque se basaba sobre todo en el cumplimiento de normas religiosas y legales y no tenía como punto de referencia básico los criterios más humanizadores que nacían del acontecimiento fundacional del pueblo, que era la liberación del Éxodo, y que las llamadas proféticas habían ido recordando a lo largo del tiempo. Frente a esta situación, el Dios que Jesús anunciaba pedía una forma de vivir centrada en el amor, y el amor concreto: la igualdad de todas las personas y la supresión de toda clase de discriminación, el amor más atento a los que más amor necesitan, la búsqueda del bien del otro aunque el otro parezca un indeseable, la lucha contra cualquier prepotencia, la capacidad personal de entrega para lograr una vida más digna para todos. Repasar el evangelio es irse dando cuenta de estos criterios básicos de Jesús, y de cómo se van traduciendo en cada nueva circunstancia que va apareciendo.

Una forma distinta de entender el mundo y la vida

Jesús dice, en definitiva, que no se trata de cumplir unas normas que Dios da, sino que se trata de cambiar la forma de pensar, de cambiar el corazón, y de actuar entonces según lo que el corazón dicte. Y que esa es la manera de alcanzar la felicidad. Jesús no predica una vida que rechace los placeres que dan color a la existencia (en las bodas de Caná él hará que el vino no falte), pero en cambio sí predica la renuncia a todo lo que sea necesario para ponerse al servicio de los demás y, también, para tener el espíritu puesto en Dios. Jesús considera que las normativas religiosas no son lo más importante, pero eso no significa que uno pueda vivir pasando de todo, ni tampoco que el criterio de vida sea que “yo no

hago daño a nadie”; sino que reclama una actuación activa, una voluntad de salir del simple ir tirando. Jesús no tiene clasificadas a las personas en buenos y malos, pero pide a todo el mundo que se convierta, que se esfuerce por vivir según los criterios del amor (y eso significa un montón de cosas: compartir los propios bienes con los necesitados; buscar el entendimiento cuando ha habido peleas o tensiones, incluso cuando creemos que la culpa es del otro; no quitarle la mujer o el marido a otro u otra, ni jugar con sus sentimientos; no engañar; no buscar la venganza; ser capaz de perdonar...). Y así sucesivamente.

Todo esto, por tanto, son los criterios de la actuación cristiana, que deben concretarse en cada momento. Jesús también los concretaba. Por ejemplo, cuando Jesús va por Palestina y los leprosos se le acercan para que los cure, nosotros podemos pensar que se trata simplemente de un milagro como los demás; pero de hecho, en aquella cultura los leprosos tenían prohibido acercarse a la demás gente y por tanto, si se acercan a Jesús significa que saben que Jesús es alguien que no hace caso de las leyes de marginación... Esta era una concreción que Jesús hacía de su enseñanza. Nosotros tenemos que hacer otras, y algunas de nuestras concreciones implicarán actuaciones que a Jesús nunca se le habrían ocurrido: por ejemplo, nosotros tenemos claro que la actuación colectiva en organizaciones sociales, sindicales, políticas, etc., puede ser un buen medio para lograr una vida mejor para las personas, cosa que en época de Jesús no parece que nadie creyese posible, por lo menos tal como nosotros lo entendemos. Y como eso, tantas otras cosas. Los criterios son los de Jesús, algunas concreciones también, pero otras dependen de cada momento histórico.

De hecho, Jesús pretende que esta manera de vivir es apta y deseable para toda persona, y que es la que da realmente la felicidad. Pero no es desde luego una propuesta fácil. No es, simplemente, “ser buena persona”. No es aquello de “yo no mato ni robo”. Implica, efectivamente, un cambio de corazón. Porque significa aceptar por ejemplo que mi dinero no es simplemente mío y puedo hacer con él lo que quiera; significa aceptar que mis deseos a veces los tengo que reprimir por el bien de los demás; significa aceptar que cualquier persona, por criminal que sea, merece siempre una oportunidad y hay que desearle el mayor bien (es decir, que deje de ser criminal y pueda rehacer su vida) y no que se pudra en la cárcel... Evidentemente que Jesús no proclama como criterio de vida una especie de ingenuidad dispuesta a dejarse tomar siempre el pelo; pero sí

proclama que es mejor que te tomen el pelo antes que hacer tú daño a otro. Y ciertamente que, con estos criterios, no es fácil discernir en cada momento qué es lo que hay que hacer. Por eso, a menudo, dentro del propio cristianismo, se ha preferido tener unas leyes claras que digan qué es obligatorio y qué no, antes que vivir en esa intemperie que obliga a moverse a menudo en la incertidumbre. Pero para ello están los demás cristianos, la comunidad cristiana que nos tiene que ayudar en el camino de la conversión y de la búsqueda, y también, por qué no, los no cristianos que tenemos junto a nosotros, que nos pueden interpelar con su palabra o con su vida. Y esta situación de búsqueda constante nos hará ser más personas, más maduros, más responsables, como Dios quiere.

Vivir la proximidad de Dios

Todo esto lo vivimos con un apoyo y un objetivo. Que es, naturalmente, Dios el Padre. Todo esto, para Jesús, se sostiene en una experiencia absoluta de proximidad con Dios, que es quien ayuda a descubrir todos estos criterios de vida, quien los pone en nuestro corazón, y quien da fuerza y confianza para continuar. Porque todos estos criterios, sin duda, los podemos compartir con las personas que tenemos cerca de nosotros, y esto es muy importante y resulta muy enriquecedor. Pero nosotros siempre estamos llamados a dar un paso más: nosotros, si nos ponemos sinceramente ante Dios, nos sentiremos llamados a afinar constantemente nuestros criterios, a avanzar en el camino de nuestro amor... y, si nos paramos, nos sentiremos llamados y empujados a seguir, a no dejar el camino... y, si nos cansamos, podremos pedirle a Dios su gracia, y también su perdón.

La oración y la formación

Por eso también, en la forma de vida que Jesús nos propone, hay un elemento importante que no podemos dejar de lado. Es la oración, la relación con el propio Jesús y con Dios. Es imprescindible para vivir de verdad nuestra fe. Porque sin esta constante voluntad de tener a Dios presente en nuestra vida, nos faltaría lo más decisivo que tenemos: nos faltaría vivir y experimentar (aunque sea, a veces o a menudo, en una cierta oscuridad) a aquel que es el origen y el sostén y el objetivo último de todo lo que somos; y nos faltaría la proximidad personal con aquel a quien reconocemos como camino y como maestro de nuestras

vidas. El gran modelo de oración es el propio Jesús, y en el evangelio, de punta a punta, podemos ver como él, en toda clase de situaciones, vive su proximidad con Dios: Marcos 1,32-39; Lucas 6,12-16; Lucas 10,21-24; Mateo 26,36-46; Marcos 15,33-34... Repasar estos textos será sin duda un buen estímulo y una buena escuela de oración.

Y está también otro elemento que no podemos dejar de lado. Que es el de la formación. Es importante que nos formemos, que aprendamos. Porque debemos conocer mejor en qué creemos, y en qué fundamentamos nuestra fe, y cuál es el mensaje del Evangelio, y cómo podemos aplicarlo ahora... Nos tenemos que formar, porque merece la pena ser unos cristianos consistentes y sólidos. Para nosotros mismos, y para poder dar un buen testimonio en nuestro mundo.

Las normativas eclesiales de comportamiento

Y aún quedaría, para terminar, un punto que siempre resulta difícil tratarlo, y más si tiene que ser de forma breve como corresponde a estas páginas. Es el tema de las normativas eclesiales de comportamiento, que, sobre todo en determinadas cuestiones (la moral sexual y matrimonial, por ejemplo, o también los progresos de la ciencia), pueden representar un problema serio, especialmente cuando hablamos de nuestra fe con compañeros no creyentes. Ciertamente que los criterios de Jesús tienen que irse concretando en cada momento de la historia. Y que la Iglesia como tal, en su papel institucional, tiene también una función en este esfuerzo de concreción. Vale la pena escuchar esta voz, y ver qué llamadas descubrimos ahí para nuestra propia reflexión, sobre todo en este momento en que parece que se extienda una moral del “yo hago lo que me da la gana”, que a menudo puede hacer daño a las personas. Pero al mismo tiempo, también todos nosotros, como miembros del pueblo cristiano, debemos aportar también nuestra reflexión y nuestra experiencia en esta búsqueda del camino del Evangelio en nuestras circunstancias actuales, con todos nuestros conocimientos y con todo lo que somos capaces de ver y entender.

7. LA COMUNIDAD DE LOS CREYENTES, LA IGLESIA

No vivimos solos. Ni en nuestra vida cotidiana, ni en ningún otro nivel. No estamos hechos para vivir sin compartir lo que vivimos, sin caminar junto a otros. Y tampoco podemos ser cristianos nosotros solos. Para proseguir la obra de Jesucristo, necesitamos el colectivo.

Continuadores de la obra de Jesucristo

A ninguno de nosotros nos ha llegado la fe directamente caída del cielo. Todos hemos conocido a Jesucristo, y hemos ido entrando en la fe cristiana, gracias a unas personas concretas que, de forma más clara o más difusa, nos han ayudado en este camino, y nos han abierto los ojos y el corazón. Quizá ya de pequeños, en la familia, o quizá de mayores, o quizá en distintas etapas y en distintos momentos que nos han ido conduciendo a nuestra situación actual. Y este proceso continúa ahora, acompañados por los cristianos con los que compartimos nuestro camino.

Esto es la comunidad de los creyentes, esto es la Iglesia. Su punto de arranque fue aquel primer grupo de seguidores de Jesús que se empezaron a reagrupar después de su muerte, convocados por la experiencia de haberlo visto vivo, resucitado. Movidos por el Espíritu de Jesús, empezaron a anunciar esta Buena Noticia, y aquel primer grupo se fue ampliando, y comenzaron a reunirse, semana tras semana, para compartir aquella fe, y para ayudarse a vivirla, y para celebrar el gesto que Jesús les había dejado antes de su muerte, el rito que ellos llamaban “la fracción del pan” y que muy pronto pasó a llamarse Eucaristía. En sus reuniones, celebradas habitualmente el sábado por la noche (porque el domingo, el día de la resurrección, no era festivo y para ellos, en su manera de contar, los días comenzaban al anochecer del día anterior),

aprendían a conocer mejor la enseñanza y la vida de Jesús, primero de palabra y más tarde a través de los escritos apostólicos, y celebraban el ritual de acción de gracias que incluía el gesto del pan y el vino, y se reafirmaban en su voluntad de ser fieles a Jesús, y se preocupaban por las necesidades materiales y espirituales de todos. Y, a medida que nueva gente quería incorporarse a la comunidad, celebraban un rito especial, el Bautismo, que era vivido como un sumergirse en la muerte de Jesucristo para nacer a la vida nueva de su resurrección.

Y la historia de la Iglesia siguió adelante. No la vamos a explicar ahora. Pero sí diremos que, poco a poco, a medida que la comunidad iba creciendo, iba haciendo también nuevos descubrimientos y dando nuevos pasos, tanto en la formulación de su fe, como en la forma de organizarse, como en la búsqueda de respuestas a los nuevos retos que se iban presentando. Cristianos y cristianas de una gran profundidad y entrega han ido marcando todos estos siglos de historia del cristianismo, junto, también, con realidades más oscuras y a veces incluso muy dolorosas. Pero en cualquier caso, ha sido esta comunidad de creyentes la que ha hecho posible que llegase hasta nosotros el Evangelio de Jesús, y que también nosotros pudiésemos compartir con los demás hermanos y hermanas esta voluntad de seguimiento y de anuncio de la Buena Noticia.

Y aquí estamos nosotros ahora. Es el Espíritu el que nos reúne del mundo entero para que compartamos esta fe que nos hace vivir. Y al Espíritu lo descubrimos cuando en nuestro grupo de revisión de vida nos ayudamos mutuamente para seguir a Jesús y para encontrarnos con su Evangelio. O cuando compartimos con el movimiento esta búsqueda de fidelidad y esta llamada a estar en el mundo para hacer presente en él la fe y la esperanza. O cuando con otros cristianos, en la parroquia o en cualquier otro lugar, procuramos vivir la fe, y la oración, y el servicio a los demás. O cuando participamos de un encuentro más amplio que nos hace sentir en comunión con cristianos de otros lugares que quizá no conocemos de nada. O cuando leemos en el periódico o vemos por la televisión el trabajo de unas religiosas en un país del Tercer Mundo o nos enteramos del testimonio de una comunidad cristiana en un lugar difícil.

La Eucaristía, el encuentro de la comunidad con Jesús

El momento central del encuentro de la comunidad es la celebración de la Eucaristía de los domingos. Es una práctica que viene desde el principio,

para recordar el día de la resurrección. Y es el único encuentro cristiano que se ha mantenido a lo largo de los siglos: las catequesis, las revisiones de vida, las reuniones de todo tipo, corresponden a determinadas épocas históricas, mientras que la Eucaristía se ha mantenido siempre, porque viene de Jesús.

La Eucaristía nace en la última cena de Jesús. Aquella cena fue una cena ritual judía, en la que se decían oraciones de acción de gracias, y se leían lecturas, y se cantaban salmos... Y, en medio de aquellos ritos, Jesús incorporó algo nuevo y distinto: les partió el pan y les pasó la copa de vino, diciéndoles que aquel alimento era su presencia, y que lo siguiesen haciendo cuando él ya no estuviese. Era como un signo de futuro: Jesús estaba a punto de morir, y aquel pan y aquel vino tenían que significar su presencia permanente, viva, en medio de sus seguidores. Ciertamente que no sabemos ni podemos imaginar lo que debieron entender los discípulos, en aquel momento tan tenso y difícil. Pero, cuando se volvieron a reunir después de la dispersión de la cruz, el gesto de Jesús les quedó grabado como un signo básico de identidad, como una presencia en medio de ellos –su “memorial”, lo llamaban- de aquel en quien creían y a quien querían seguir.

Y empezaron a celebrar la Eucaristía. Con lecturas y salmos, con exhortaciones a seguir el camino de Jesús, con oraciones por las necesidades de todos, y con una larga oración de acción de gracias en la que se repetía el gesto de Jesús y todos comían y bebían del pan y el vino. Al principio lo hacían dentro de una comida comunitaria, pero pronto la comida desapareció porque creaba muchos problemas (basta ver I Corintios 11,17-34). Y así, hasta el día de hoy. Ciertamente que ahora las celebraciones están más pautadas y fijadas, por necesidades de la mucha cantidad y variedad de gente que participamos de ellas; y ciertamente también que quizá podrían tener un tono más cercano. Pero el contenido, lo que ahí hacemos y celebramos, es sin duda lo mismo que las comunidades cristianas vienen haciendo y celebrando desde el tiempo de los apóstoles.

Pero la Eucaristía no es, en sí misma, algo que resulte fácil de entender y vivir. Por mucha cercanía y espontaneidad que tuvieran nuestras celebraciones, la Eucaristía siempre implicará aceptar que, más allá de lo que sentimos y vemos, se hace presente en medio de nosotros, a través de su palabra, y a través de los signos del pan y el vino, aquel en quien

creemos, aquel que nos trasciende y que, precisamente por esto, nos puede llenar de vida. Vale la pena participar de este encuentro central de la comunidad cristiana, a la que Jesucristo cada domingo nos convoca.

El Bautismo, la incorporación a Jesucristo y a la comunidad

El otro gran signo eclesial es el Bautismo. Muchas religiones tienen ritos de inmersión en el agua, que significan purificación o incorporación a un grupo. El mismo Juan Bautista bautizaba en el río Jordán a quienes querían manifestar la voluntad de convertirse y cambiar de vida. Para los cristianos, sin embargo, este rito tiene un significado más rico. San Pablo, en la carta a los Romanos (6,3-11), lo explica en un texto de gran intensidad. El Bautismo, que se celebraba sumergiendo a la persona dentro del agua y sacándola luego, recordaba a Jesús sumergido en la muerte y resucitado a la vida. No es, por tanto, para nosotros, simplemente un rito de purificación. Sino que es el signo físico (sobre todo si se hace sumergiéndose en el agua; actualmente, echando simplemente agua sobre la cabeza, pierde mucha fuerza simbólica) de la unión con Jesucristo. Con Jesús, morimos al mal y al pecado, y con él nacemos también a una nueva vida, y empezamos a ser hijos de Dios como él, llenos de su mismo Espíritu.

La mayoría de nosotros fuimos bautizados de pequeños, y no recordamos aquel momento. Pero deberíamos tenerlo presente, y querer renovarlo constantemente en nuestra vida. Cada año, en la Vigilia Pascual, expresamos de manera especialmente significativa esta voluntad.

Los demás sacramentos

La Eucaristía y el Bautismo son los sacramentos más relevantes, y los que más directamente vemos reflejados en el Nuevo Testamento. Pero la profundización de la fe de la Iglesia ha llevado a reconocer otros signos, hasta siete en total, como presencia más plena de Jesucristo y de su Espíritu en la vida del creyente. Porque los sacramentos son eso: momentos en los que de una manera especial, intensa, a través de los símbolos, se concentra la acción de Jesucristo para nosotros.

En primer lugar están los sacramentos llamados de la iniciación. Son el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. A través de ellos, nos “iniciamos” a la vida cristiana, llegamos a ser plenamente cristianos. El

Bautismo es la incorporación a la comunidad; la Confirmación “confirma” esta incorporación mediante el don pleno del Espíritu, que nos lanza a la misión, al anuncio del Evangelio; la Eucaristía lleva esta incorporación hasta la participación de la mesa de la comunidad, en la que el mismo Jesucristo se nos da para que vivamos siempre unidos a él.

Luego está el sacramento de la Penitencia o Reconciliación, con el que Dios nos da su perdón y rehace nuestra unión con él cuando la hemos roto por el pecado.

Luego la Unción de los enfermos, signo del amor preferencial de Dios para con los más débiles, y que nos da su fuerza en un momento tan determinante como es el de una enfermedad grave.

Luego está el Orden, que es un sacramento para la colectividad: el don del Espíritu que destina a unos cristianos determinados a la misión de guiar la comunidad de los creyentes.

Y finalmente el Matrimonio, en que una realidad humana tan básica y universal como es la unión de la pareja, los creyentes la vivimos, fortalecida por la gracia de Jesucristo, como un signo del amor y la presencia de Dios en el mundo.

La organización de la Iglesia

A lo largo de la historia, decíamos, la Iglesia se ha ido consolidando y organizando. Las comunidades tenían sus responsables, los “presbíteros”, y desde muy pronto se fueron agrupando en torno a una localidad, con un responsable, que se llamó “obispo”. Y se fueron consolidando también otros servicios y estructuras. La forma de desarrollarse este proceso fue distinta según los lugares y situaciones, pero el hecho es que aquellos cristianos veían en esa organización la manera de dar solidez a la comunidad de los seguidores de Jesús, que se iba haciendo cada vez más grande, y veían que todos aquellos ministerios (“ministerio”, en latín, significa servicio) de hecho realizaban lo que Jesús había encargado a sus discípulos.

También, en determinados momentos hubo que marcar límites para evitar la pérdida de aspectos determinantes de la fe, y así es como se empezaron a formular eso que llamamos los “dogmas”: por ejemplo, cuando hubo que definir que para ser cristiano había que creer que Jesucristo es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios. Pero

también hay que decir que a veces se ha ido más allá de lo que era necesario: a veces se han presentado como verdades intocables cosas que no lo son, y a veces la jerarquía de la Iglesia ha dado normas o ha tomado decisiones sin escuchar suficientemente al pueblo cristiano.

Pero sobre esto habría que recordar siempre un hecho básico. Y es que la comunidad cristiana la formamos todos, y todos tenemos nuestro pensamiento y nuestra voz, y el Espíritu Santo está presente en todos nosotros: todos somos miembros de Jesucristo, y nadie nos puede sustituir en la búsqueda de nuestro propio camino cristiano, ni en la búsqueda del camino de todo el colectivo de la comunidad de creyentes.

De hecho, en la ACO experimentamos, en nuestro funcionamiento como movimiento, que todos, laicos y sacerdotes, tenemos capacidad de aportación y de decisión. Y que, dentro de este colectivo, hay unos, los sacerdotes, especialmente dedicados a la misión de crear comunidad, que se expresa de un modo especial en la presidencia de la Eucaristía. Y que hay otros, laicos y laicas, que han sido elegidos para la misión de dirigir el movimiento. Y todos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas, somos igualmente responsables como continuadores de la obra de Jesucristo en el mundo.

Una gran riqueza de la Iglesia es la diversidad de tareas, de posibilidades, de dedicaciones entre todos sus miembros. Una de estas tareas que es especialmente significativa es, como ya hemos dicho, la que encomienda a algunos cristianos, por el sacramento del Orden, la guía de la comunidad, como una especial representación de Jesucristo en medio de los demás cristianos; esta es una tarea importante para todos, una tarea constitutiva para la comunidad cristiana, aunque sin duda en el futuro experimentará cambios en la forma de llevarse a cabo. Y junto a esta, hay muchas otras tareas y posibilidades, que todos estamos llamados a asumir según las distintas circunstancias.

Es necesario, sin duda, un gran esfuerzo de renovación eclesial, para que la Iglesia sea más comunitaria y dé un mejor testimonio del Evangelio. Pero en todo caso, el hecho es que, en el camino de la historia, la comunidad cristiana, convocada por Jesucristo y continuadora de su obra, mantiene la memoria y la presencia de su Evangelio para el mundo, a pesar de todas las debilidades y todas las infidelidades. La Iglesia, decía san Pablo, es el cuerpo de Cristo, y nosotros somos sus miembros. Con la responsabilidad y la alegría de vivir y transmitir su presencia.

Las otras Iglesias cristianas

Para terminar este tema de la Iglesia, no podemos dejar de hablar de la división entre las distintas Iglesias cristianas, fruto de las varias rupturas que ha habido a lo largo de los siglos, y que han dado origen a nuevas ramas, a nuevas Iglesias además de la católica. Las principales de estas ramas son los protestantes, los ortodoxos y los anglicanos.

Con todos ellos compartimos la misma fe en Jesús Señor y Salvador, pero hay aspectos de esta fe que nos separan. Gracias a Dios, hace años que nos hemos ido acercando, nos hemos ido conociendo mejor, hemos descubierto que algunas de las diferencias no eran tales. Y sobre todo, hemos aprendido de ellos cosas importantes, y hemos aprendido también a valorar más lo que nos une que lo que nos separa. Todo este acercamiento, que recibe el nombre de “ecumenismo”, se realiza sobre todo a dos niveles: mediante reuniones que realizan los dirigentes eclesiales, y mediante encuentros de distintos tipos a nivel de base, en los que más de una vez han participado también militantes de ACO.

8. MÁS ALLÁ DE ESTE MUNDO

Al final de todo, está la vida eterna de Dios. Esta es la esperanza última, el horizonte de la acción de Dios en el camino humano.

Una vida y un amor definitivos

Nosotros no afirmamos, ni pretendemos tener ninguna garantía, de que un día más o menos lejano triunfará en este mundo la fraternidad, la justicia, la bondad. No pretendemos tener ninguna garantía de que un día los esfuerzos que hacemos al servicio de una vida más digna para todos tendrán el resultado que deseamos. Puede que no sea así. Lo deseamos profundamente, pero no sabemos nada de cómo será el final de la historia humana.

Sí sabemos, y estamos convencidos de ello, que toda actitud y toda acción guiada por el amor, sea en el nivel más próximo de la vida cotidiana, en el trato personal con los que tenemos cerca de nosotros, o sea en el nivel más global de la lucha por la justicia y la fraternidad, es infinitamente valiosa, y nos hace vivir más plenamente, y nos hace más humanos, a nosotros y a todos. Y por eso lo hacemos. Y, visto desde la mirada de la fe, así vamos construyendo y acercando, día a día, el Reino de Dios.

Pero nuestra fe no termina aquí. Porque nosotros creemos que, más allá de este mundo, más allá del vacío de la muerte, está Dios que nos llama a compartir su vida. Y su llamada se dirige a toda persona, porque nadie está excluido de poder realizar el deseo de felicidad que hay en el corazón de la vida humana. Se puede rechazar, ciertamente, con una vida que se ponga radicalmente de espaldas al amor. Pero la llamada es constante y universal. Porque Dios es esto: una oferta de felicidad plena, para todos. El último horizonte de la vida humana no son los sufrimientos

o las alegrías de este mundo, el amor o la dureza de este mundo, los éxitos o los fracasos de este mundo. El último horizonte de la vida humana no es la muerte, no es la nada. Sino que es encontrarse con Dios, con la vida plena de Dios, con su Amor sin fronteras. Es lo que dice el libro del Apocalipsis: “Dios enjugará las lágrimas de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, pues lo de antes ya ha pasado” (21,4).

Esto es lo que vemos realizado en Jesucristo. Él vivió la vida humana amando hasta aceptar la muerte por fidelidad a ese amor. Y ahí encontró, sin duda, una gran felicidad, porque vivir así es la forma más plena de vivir, aunque provoque dolor y fracaso. Pero nuestra fe nos dice que esta felicidad que Jesús experimentó por su fidelidad al amor no quedó truncada con su muerte. Nosotros afirmamos que este camino le llevó a una felicidad definitiva, total. Afirmamos que más allá de la muerte, Jesús vive para siempre, en la vida nueva de la resurrección, que es la vida de Dios. Y como él también nosotros esperamos vivir esta vida.

Ciertamente que no sabemos cómo será esta vida que esperamos. Ya a san Pablo le preguntaban cómo sería la vida de la resurrección, y él escribía: “Se siembra un cuerpo corruptible, y resucita incorruptible; se siembra un cuerpo miserable, y resucita glorioso; se siembra débil, y resucita lleno de fuerza. Se siembra un cuerpo animal, y resucita un cuerpo espiritual...” (I Corintios 15,42-44). Y acababa entusiasmado: “Cuando este cuerpo corruptible se vista de incorrupción y este cuerpo mortal se vista de inmortalidad, se cumplirá lo que está escrito: ‘Se aniquiló la muerte para siempre. ¿Muerte, dónde está tu victoria?’” (I Corintios 15,54-55).

Ya se ve en este texto que san Pablo, como nosotros, no tenía mucha idea de en qué consistirá exactamente la vida de la resurrección, la vida eterna. Lo único que dice es que será nuestra misma persona la que seguirá viviendo, pero en una vida distinta de la vida actual, y sin corrupción ni muerte. Y mejor que nosotros nos quedemos también aquí sin hacer más especulaciones. Quizá lo único que podemos añadir es que, en esta vida nueva de Dios, lo que mandará será el amor, y por tanto todas las rupturas personales y todas las actuaciones injustas quedarán superadas y, como decía alguien, será posible sentirse hermano de algún indeseable opresor, que entonces ya no lo será... Dios, en definitiva, es el realizador de la igualdad y la fraternidad, y en esto consiste su Reino.

Y esta fe en la vida eterna de Dios implica también el recuerdo personal

de los hombres y mujeres que nos han precedido y que son para nosotros un modelo y una ayuda. De entre todos los llamados a la vida de Dios, los hay que tienen una especial relevancia para la comunidad cristiana y para cada uno de nosotros, y los tenemos especialmente presentes, y les pedimos su ayuda en nuestro camino. De estos, un cierto número están oficialmente reconocidos, empezando por aquella mujer que fue la madre de Jesús y que lo siguió hasta la cruz, María, y siguiendo por los santos y santas canonizados. Y junto con ellos, muchos otros, que cada uno sabemos y recordamos. Son, sin duda, unos estímulos importantes en nuestro camino cristiano.

La resurrección y la reencarnación

Y acabemos este capítulo refiriéndonos a un tema que a veces crea una cierta confusión: ¿la reencarnación, de la que ahora a menudo se habla, es más o menos lo mismo que nosotros decimos cuando hablamos de la resurrección? Porque, al fin y al cabo, de lo que se trata es de afirmar la pervivencia después de la muerte...

La reencarnación, como sabemos, es una creencia presente en las religiones orientales, y que se ha difundido en occidente a medida que crecía una cierta fascinación por aquellas religiones. Y hay que tener claro que no debe confundirse con la fe cristiana en la resurrección y la vida eterna.

La reencarnación, también llamada metempsicosis o transmigración de las almas, afirma que el alma, al separarse del cuerpo en el momento de la muerte, va al cuerpo de otro ser, que puede ser una persona, un animal o incluso un vegetal; este traspaso a otro cuerpo se realiza en función de su comportamiento en esta vida, de modo que el alma puede ser retribuida con una nueva encarnación más noble, o puede ser sometida a purificación pasando a un ser inferior.

La diferencia básica de esta creencia respecto a la fe cristiana en la resurrección es que los cristianos creemos que es la misma persona la que está llamada a vivir para siempre con Dios, sin dejar de ser ella misma, mientras que en la reencarnación se produce una despersonalización del individuo, que pasa por distintos cuerpos. Nosotros tenemos nuestro punto de referencia en Jesucristo, que ha llevado su condición humana, con toda su riqueza, a vivir la vida de Dios para siempre.

9. LA FE, UNA LLAMADA

La fe es para nosotros una fuerza para vivir, y una llamada a vivir como vivió Jesucristo, con la confianza de tenerlo a nuestro lado como compañero de camino. La fe es una llamada a la militancia, con toda la amplitud con la que entendemos esta palabra en la ACO.

Construir el Reino de Dios

Ha habido épocas en las que la fe ha servido como coartada para no enfrentarse a la injusticia y al mal de este mundo, con el argumento de que el objetivo del hombre era pasar por este mundo (“este valle de lágrimas”, se decía) haciendo méritos para alcanzar la vida eterna. Y Karl Marx pudo decir, por este motivo, aquello de que la religión es “el opio del pueblo”.

Nosotros sabemos que esto no es así de ninguna manera. Que en el evangelio Jesús no invita en absoluto a desentenderse de este mundo en función de lo que haya de venir después de la muerte. Sino más bien todo lo contrario. El Reino de Dios que Jesús anuncia se realiza aquí, y consiste en toda obra de amor, de justicia y de fraternidad. Es aquí donde Dios se hace presente. Y los que tenemos la suerte de conocerlo y de creer en él, vivimos este camino de construcción del reino apoyados en él, en su amor total que nunca falla, y apoyados en la comunidad de los que, como nosotros, queremos seguirle. Y cuando miramos más allá de la muerte, y esperamos la plenitud de su Reino, esta esperanza nos empuja más aún a trabajar para que avance la vida plena que esperamos y deseamos para todos, y de un modo especial para aquellos que más excluidos están a causa del mal y la dureza de corazón que domina este mundo.

La evangelización

Como todo esto es muy importante para nosotros, queremos ponerlo al alcance de los demás y compartirlo. Es lo que llamamos evangelización: dar a conocer esta buena noticia que a nosotros nos mueve. Y darla a conocer con toda su amplitud y riqueza.

Por eso, podemos decir que ya es evangelización, de entrada, nuestro testimonio de hombres y mujeres que queremos estar junto a los demás, participar de los esfuerzos colectivos, trabajar al servicio de los pobres, transmitir esperanza. Sin este testimonio, sería una falsedad todo lo que dijéramos...

Y será evangelización también cuando ayudamos a un compañero a descubrir que merece la pena comprometerse por el colectivo, o animamos a alguien a salir de una situación de desánimo. Esto es ya entrar en el camino de la buena noticia de Jesús, aunque el nombre de Jesús no sea mencionado.

Y será evangelización de forma más plena y completa cuando, con aquellos con los que compartimos aspiraciones o proyectos o luchas o afecto, llegamos a compartir también lo que nos mueve más profundamente, la fe en Jesús. Si creemos en Jesús, si Jesús nos hace vivir, no vamos a esconderlo a los que tenemos cerca de nosotros... Y esto se hará de muchas maneras. La más obvia, compartiéndolo normalmente en la vida, no ocultando nuestras actividades como cristianos sino más bien dando categoría de algo normal el que vayamos a una reunión, o a un encuentro, o a una celebración de la eucaristía. Y a partir de aquí, si descubrimos que alguien puede tener interés, ofreciéndole quizá participar en alguna de nuestras actividades, o hablando más ampliamente del tema, o cualquier otra cosa que podamos creer conveniente. Y rezar para que el Espíritu actúe...

Vale la pena ser cristiano, y vale la pena profundizar en todo lo que este camino significa, todo lo que nos puede aportar. No siempre es sencillo, y a veces no lo es en absoluto: nos pueden venir dudas de todo tipo... Pero, como tenemos ganas, estamos dispuestos a trabajar para proseguir este camino. Acompañados por los demás cristianos, acompañados por Jesucristo.